



ENERO

TODO INICIA CON UN ENCUENTRO: EL ENCUENTRO CON CRISTO

“Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, su hermano, echando sus redes en el mar, porque eran pescadores. Jesús les dijo: “Sígueme; Os haré pescadores de hombres”. Ellos, en el mismo momento, abandonaron las redes y lo siguieron”
Mc 1, 16-19

Objetivo

Reflexionar sobre la importancia del encuentro con el Señor como punto de partida de la vida cristiana.

A modo de introducción

Hay momentos en la vida en que pensamos que Dios nos ha abandonado, que estamos totalmente solos; sin embargo, el Dios en el que creemos es un Dios cercano. La Sagrada Escritura nos da testimonio de esta cercanía: cuando llamó a Moisés le deja muy en claro que él ha escuchado el clamor de su pueblo y ha visto su sufrimiento (cf. Ex 3, 7) Cuando el pueblo camina por el desierto lo acompaña con una nube que le da frescura de día y de noche una nube de fuego que da calor (cf. Ex 13, 21-22) Estas y otras escenas nos dejan ver esa cercanía de Dios. Y en la plenitud de los tiempos: Dios puso su morada entre nosotros (Cf. Jn 1, 14) En el evangelio justamente experimentamos esa cercanía de Dios, el Dios con nosotros o Emmanuel (Cf. Mt 1, 23) Dios Busca a María, Dios le habla a José; en fin, Dios es cercano, conoce nuestro sufrimiento, nuestra alegría y nuestra tristeza. Pues precisamente Él mismo las Ha experimentado.

En la enseñanza de la Iglesia esta cercanía justamente se sigue ratificando, cuando al leer la Palabra, la Iglesia se convence de que “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 136). Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn. 1, 35-39). Ha sido justamente el encuentro con Cristo lo que ha transformado la vida de tantos hombres en la historia de la salvación.

a. Dios que sale al encuentro del hombre. Esta ha sido siempre la experiencia: desde el Antiguo Testamento ha sido Dios el que ha tomado la iniciativa: fue a través de una zarza con lo que atrajo la atención de Moisés (Cf. Ex 3, 2) Fue Dios el que salió al encuentro del ser humano. Fue a buscar a David (1 S 16, 1-13) Llamo a los grandes profetas: a Jeremías, Samuel, y otros tantos; en todos los casos: primero fueron fichados por el Señor.

En Jericó Jesús se hizo el encontradizo con Zaqueo (Mt 19, 1-10), paso por enfrente de Mateo y lo invito a seguirle (Mt 9, 9-13), se fijó en quienes iban a ser sus discípulos “antes de que Felipe te llamará te vi yo” (Jn 1, 48) y así ha sido siempre: Dios ha tomado la iniciativa de salvar al hombre, de buscarlo; busca la oveja perdida, busca la moneda perdida y hoy nos busca a nosotros.



Y ¿qué es lo que hace que Dios tenga esa cercanía con el hombre? que nos busque a pesar de nuestras miserias y de nuestros pecados, a pesar de que muchas veces lo rechazamos: pues no es más que su infinita misericordia, su infinito amor. Pues, esa ha sido la razón por la que a lo largo y ancho de toda la historia de la salvación haya llamado al hombre. Escogió a Moisés a pesar de su debilidad, llamó a Samuel a pesar de su juventud, lo mismo que a Jeremías: “desde el vientre materno yo te había elegido”

Es pues la infinita misericordia lo que hace que Dios se fije en el ser humano. Dios me ama a pesar de mi pequeñez, de mi miseria y de mi pecado. No para que siga en las mismas. Me ama y murió por mí, para rescatarme de esa esclavitud e invitarme a estar junto a Él.

En su infinito amor no es posible que la oveja se pierda, que la moneda no sea encontrada, que el hijo no vuelva a casa. Es justamente el amor lo que impulso esa búsqueda. No es posible la relación de Dios con el hombre sin el amor. Y Dios es amor (1 Jn 4, 8)

Ahora bien, el amor de Dios va más allá de encontrar al perdido. Una vez amado, el hombre sana sus heridas, es vestido nuevamente con las ropas de hijo, se ponen sandalias en sus pies y el anillo en su dedo. El joven perdido no es solamente encontrado, es nuevamente hecho hijo. (Cf. Lc 15, 20-24) El hombre, en su encuentro con el Señor es rescatado y redignificado.

b. El hombre que se deja encontrar por Dios. También hay que comprender que el amor de Dios no violenta la libertad del hombre. En Jericó, Zaqueo quiere ver a Jesús y hace lo posible para hacerlo. Y Jesús se hace el encontradizo (Lc 19, 1-10) Nuestro Dios no abusa de su poder frente a la realidad de creaturas que somos. Dios no violenta nuestra libertad, incluso ni siquiera la Virgen María fue violentada: el Ángel fue enviado por Dios a una virgen y ella pudo decir sí (Cf. Lc 1. 2-38). El fiat de María es precisamente el símbolo de la respuesta del hombre a Dios, el símbolo del respeto de Dios por el hombre y el ejemplo para todo ser humano: la respuesta a Dios es en amor y en libertad.

Ante la llamada que Dios hace al hombre, se espera una respuesta generosa en amor. Cuando nos sentimos amados, respondemos en el amor. Zaqueo, se sintió amado por el Señor: “Zaqueo, baja pronto, porque hoy es necesario que me quede en tu casa” nunca hubo un regaño o algo parecido. Solo hubo acogida y amor. Cuando todos lo rechazaban, Jesús lo acogió y fue hasta su casa. Y en ese sentido Zaqueo también responde: “Señor, la mitad de mis bienes daré a los pobres, y si he defraudado a alguien, le devolveré el cuádruple” Esa es la respuesta cuando vivimos en el amor. Solo quien se ha vivido el amor es capaz de amar.

c. «Vengan y lo verán.» (Jn 1,39). Tal vez en la vida cotidiana hemos sido testigos de las parejas que están enamoradas y se expresan con detalles todo su cariño. Se ven como si caminaran por el aire. Se ve todo romántico. Contrasta este



enamoramamiento cuando después su relación se enfría y en ocasiones hasta se convierte en odio o rabia. ¿Qué paso? Pues que todo se quedó en el aire.

Cuando los discípulos siguen a Jesús y ellos le preguntan dónde vive, el Señor responde con algo muy concreto: “vengan y lo verán” La respuesta del Señor no es etérea ni engañosa; la respuesta del Señor es concreta y se puede verificar.

“Vengan y lo verán” representa el estilo concreto del Señor; incluso les agregará que van a ser perseguidos, calumniados y en muchos casos serán asesinados por su causa y quienes le hagan daño creerán que están haciendo el bien (Cf. Mt 24, 9-13). La propuesta es muy concreta y clara. El Señor no nos pinta pajaritos en el aire, sino que nos hace una propuesta de vida clara, muy concreta. No hay posibilidad de que digamos que fuimos engañados, porque haber ido a ver nos ha dado la oportunidad de experimentar y ver con nuestros propios ojos lo que nos esperaba.

Cuando Jesús nos invita a pasar el día con él “vengan y lo vean” se concreta un estilo pedagógico que implica las palabras y las obras (Cf. DV 2) Jesús junta el signo y el discurso y así nos va formando para que demos la respuesta con generosidad.

d. “Eran como las cuatro de la tarde” (Jn 1, 39). El texto del evangelio nos indica la hora del encuentro. Definitivamente, fue tan importante ese momento que recuerdan la hora. Las cuatro de la tarde es la expresión de ese amor primero que nunca se ha de olvidar y que siempre ha de estar presente.

“Tengo contra ti que has olvidado el amor primero” (Cf. Ap 2, 4) El amor primero no se puede olvidar. La pasión de ese primer encuentro marcó la vida de esos primeros discípulos y siempre se ha de tener presente.

Sin embargo, cuando los avatares de la vida hacen que se olvide, la respuesta se vuelve monótona y la pasión se pierde. El discípulo siempre ha de tener presente ese momento maravilloso de la primera vez. No se puede olvidar de dónde nos sacó el Señor para que vivamos la respuesta en el amor y la pasión de entregarnos totalmente a Él.

Siempre es bueno recordar esas cuatro de la tarde, para que se reavive el amor y la entrega. Recordar las cuatro es recordar de donde nos sacó y a donde nos ha traído, cuánto nos ha amado y cuánto nos ha sostenido: porque todo ha sido por su amor. No hemos hecho nada para que merezcamos haber tenido la maravilla de encontrarnos con Dios y de que nos haya bendecido como lo ha hecho. Dios es quien nos ha dado la fuerza para llegar hasta aquí; recordar las cuatro de la tarde es recordar que Dios ha sido generoso y nos ha dado todo.

A modo de conclusión: vivir en encuentro. El discípulo ha de vivir por tanto en esa actitud de encuentro. Con la disponibilidad para dejarse encontrar como Zaqueo y como él vivir buscando el sicomoro donde podamos subirnos y el maestro pueda vernos, aunque seguro, si no alcanzamos a subirnos, Él se dejara ver, nos buscará para que nuestras miradas se entrecrucen.



En este año de la oración incentivemos “permanecer en la tienda de campaña” vivir en oración constante debe ser nuestro propósito: vivir en presencia de Dios, orando cada día, haciendo de nuestra vida una oración agradable a Dios, solo así, viviremos en encuentro, dejándonos ver por el maestro que pasa siempre por el hoy de nuestras vidas.

Para nuestra oración.

*Jesús, Hijo de Dios,
que nos llamas a tu encuentro cada día,
con la certeza de que ese encuentro es para nosotros un don y una gracia:
danos la capacidad de salir de nuestro ensimismamiento,
y acogerte con fe y con amor, en las distintas circunstancias de nuestra vida.*

*Acogerte para creer en ti y en tu palabra de amor y de vida,
de esperanza y de paz.*

*Acogerte para amarte con un amor cálido y profundo,
salido de lo más hondo de nuestro corazón.*

*Acogerte para proclamarte con decisión y valentía,
como dueño y señor de nuestro ser y de nuestra vida.*

*Acogerte para comunicar con entusiasmo y alegría, con gestos y palabras,
tu mensaje de salvación y de vida eterna.*

*Condúcenos, Jesús a tu encuentro,
como condujiste a la samaritana del Evangelio.*

*Como condujiste a Pedro, a Santiago y a Juan,
y a todos y cada uno de los hombres y mujeres que, a lo largo de tu vida en el mundo,
tuvieron una relación íntima y eficaz contigo.*

*Una relación que llenó su corazón de certeza y claridad,
de verdad y de vida.*

*No permitas, Jesús, que nos extraviemos en este difícil camino
que ahora recorreremos.*

No permitas que seamos ciegos a tu presencia en nuestra vida.

*Danos la gracia de saber descubrirte, la gracia de saber encontrarte,
la gracia de saber escucharte, la gracia de saber seguirte,
ahora y siempre.
Amén.*